

La diosa masonería

Masonería y poder político en Colombia. Otra cara de la historia colombiana

MARIO ARANGO JARAMILLO

Hombre Nuevo Editores,
Medellín, 2011, 426 págs., il.

A MARIO Arango lo conocimos primero como ideólogo que fue de la Alianza Nacional Popular (Anapo) de finales de la década de 1960, como un analista e historiador del primer narcotráfico en Colombia junto con Jorge Child; también, como profesor universitario. Ahora, años después, en el siglo XXI, lo encontramos como historiador de la masonería en Colombia. Ni idea teníamos que fuera masón, así que se trata de una historia del protagonismo de la masonería escrita por un masón atento a los métodos y avances de la historiografía de los siglos XX y XXI. El libro, que se aferra a la periodización política de la historia de Colombia, consta de veinticuatro capítulos organizados en seis partes que tratan del papel de la masonería desde la Independencia hasta los inicios del Frente Nacional. El autor dedica gran atención y espacio a la región de Antioquia, y sería esa su fortaleza: desmontar la afirmación de los especialistas en la temática sobre la no presencia significativa de la masonería en esa región. Muchas de las insuficiencias de la investigación están marcadas por la complejidad de la fuente directa muy reducida. Teóricamente el autor apela a préstamos extraídos de la historiografía que considera a las *sociabilidades* dispositivos más importantes para la explicación histórica que la materialidad de la sociedad, o los partidos políticos.

Exquisita la introducción, llena de encanto literario y de evocación histórica. Una excursión por el antiguo Egipto, donde nace la masonería ligada a la legendaria historia de ese enigmático país. Un reconocimiento de una civilización usurpada por Occidente y una reivindicación de sus valores y aportes a la civilización universal. El propósito del autor es introducirnos en el universo masónico, de ponernos frente a sus objetivos y noblezas. Es, sobre todo, una apuesta a un pensamiento de carácter universal, que recoge

experiencias y las aporta también. Así las cosas, estaríamos ante un fenómeno que trasciende los tiempos y que conserva vigencia. A medida que el relato entra en sus nobles propósitos nos imaginamos al Mario Arango militante, intelectual e inquieto pensador que ha sido, un consecuente buscador de verdades justicieras. Mientras *historea* y legitima a la masonería se *historea* y se legitima a sí mismo. Además, y aunque no es su intención, en la medida que expone las fortalezas y los aportes de la masonería a la construcción de las naciones, su narración contribuye de manera paradójica a la desmitificación de la misma. Habiendo sido masón una parte considerable de la intelectualidad del siglo XIX, la pertenencia a esa afamada sociabilidad no fue suficiente para paliar odios, enemistades y adversidades entre sus miembros: entre gólgotas masones y draconianos masones, primero; y entre masones de Cartagena, de Antioquia y de Bogotá, después. El libro derrumba el mito de la masonería como cuestión ajena a la Iglesia católica. El autor menciona la presencia y actividad de los prelados antioqueños antes, durante y después de la Independencia. Establece la red de grandes comerciantes antioqueños con la élite bogotana a través del vínculo masón, y destaca la contribución financiera de los primeros a los vaivenes del desarrollo material de la capital de la república.

Arango destaca a la masonería en la organización, institucionalización y gobiernos del Partido Liberal. Quedan las cosas planteadas como si la obra liberal no fuera de liberales sino de masones, pues más que liberales lo mejor de su liderazgo pertenecía a esa sociabilidad: Mosquera, González, Ancizar, López, Murillo Toro, etc. Si bien el autor trata la masonería por dentro, tan solo lo hace en los momentos claves de sus conflictos en razón de su propia organización bien en 1864 cuando se presenta la escisión entre cachacos y costeños o en los años de plena República Liberal a finales de los años 1930. Con todo, el lector entiende que en el caso de la masonería se trata de un fenómeno ideológico interesante, pero no alcanza a percibir qué había más allá de las ideas, las redes y las pompas. Se habla de grados, unos más importantes que otros, se dice que el pensamiento

inglés y el francés del siglo XIX influyeron en la masonería colombiana y así queda resuelto el problema de la ideología de la masonería y con ella la elaboración del primer programa liberal por Ezequiel González como plataforma ideológica, primero para el gobierno de José Hilario López, y para los gobiernos liberales posteriores. La creación, entonces, del Partido Liberal colombiano aparece como obra de la masonería colombiana. Su fortalecimiento y desarrollo también. Buena estrategia la de estudiar a los partidos desde su *sociabilidad* más importante. Faltaría, para completar el mosaico, estudiar a los conservadores desde alguna de las más importantes sociabilidades del catolicismo del siglo XIX. Así nos economizamos la lucha de clases, los conflictos de intereses, las adversidades, los juegos de poder, etc. Aunque el autor consulta la fuente masónica directa (muy reducida), abunda más el producido por los cultores de esa temática. Aborda la obra liberal como masónica, pero no ofrece la posibilidad de saber quiénes conformaban los contertulios de afuera y de dentro. Se sabe de la réplica de conservadores a liberales pero la influencia masónica queda salvada. Algo se deja leer en el aparte “Controversias sobre la masonería en la prensa bogotana” [págs. 166-167], o en la notificación que hicieron los conservadores en contra de las pompas funerales realizadas durante la Segunda República Liberal (1863-1880), pero estos son apenas un asomo. Falencia que se supera cuando el autor narra la persecución clérigo-conservadora durante la República Liberal y la del establecimiento conservador a partir de 1946.

Es curioso que la masonería, que fue el alimento espiritual más importante de los liberales del siglo XIX, no haya merecido mayores estudios. También, que quienes van saliendo caigan en la apología y casi en la hagiografía. Es posible que la confrontación bipartidista haya volcado el interés más hacia los partidos que hacia sus fuentes ideológicas. El autor se detiene en el papel del general Mosquera como organizador e impulsor de la masonería en Colombia, de forma particular en el interior del país. La presenta en su mejor momento: la Convención de Rionegro, que transcurre bajo la influencia

RESEÑAS		HISTORIA
<p>del principal masón del país: el general Mosquera, quien además era el mayor prestigio de la época. El producto mayor de esta intervención es la Constitución de 1863. Si los historiadores del siglo xx habían volcado toda su atención sobre el Partido Liberal del siglo xix dejando de lado a la masonería como fuente ideológica, Arango Jaramillo defiende la tesis de Gilberto Loaiza Cano según la cual hablar de Partido Liberal en el siglo xix es erróneo y en su lugar propone hablar de solidaridades reunidas en torno a logias masónicas. Sostiene que las tendencias liberales de la época se agruparon y se expresaron en la masonería. En realidad es al revés, son las tendencias masónicas las que se expresan en el liberalismo y terminan por constituirlo. Gerardo Molina, uno de los historiadores del periodo (véase su trilogía sobre las ideas liberales en Colombia), creía más en la importancia del Partido Liberal que en la de la masonería. Advertía la presencia de dos tendencias liberales en este momento, solo que para él eran opuestas entre sí y no como piensa Arango: “[...] los dos grupos en lo doctrinario e ideológico no tenían marcadas diferencias” [pág. 151]. Uno de los méritos de la historiografía de las ideas liberales en Colombia había sido ir más allá de la masonería en busca de corrientes de pensamiento que hubieran influido en la Colombia liberal decimonónica. El de Arango sería volver sobre la masonería como catalizador de las ideas progresistas en el país de entonces. Su entusiasmo partidario no tiene límites. Bien lograda la parte del libro que aborda la Segunda República Liberal, el autor concluye: “[...] Colombia vivió durante el periodo de 1863-1880 la etapa más intensa y productiva de la vida cultural del siglo xix. Hecho inobjetable, fruto en gran medida del librepensamiento que fomentó y prohibió la masonería” [pág. 190]. Lástima que no haya demostración y sustentación de semejante tesis. Le basta al historiador Arango con la enumeración de logros y no le da importancia al medio que hubo de permitirlos.</p> <p>Significativos para Arango Jaramillo los rituales. Los apartes más trascendentes de su narración giran alrededor de los acontecimientos revestidos de la pompa ritual como lo fueron la Convención de Rionegro y la celebración</p>	<p>del 24 de junio como día luminoso para la masonería de todo el mundo, y los funerales. En particular, trae a colación la celebración de 1866 realizada en Bogotá a campo abierto. Una puesta en escena de esa organización que tendrá fama de cerrada y misteriosa. Al contrario, estos dos acontecimientos muestran a la masonería como un movimiento político abierto y para el público. Las celebraciones ritualizadas le evidenciaban al adversario el peso político que significaba la organización para el poder establecido del general Mosquera. Durante toda la Segunda República Liberal del siglo xix la masonería hizo presencia en la vida social de entonces. Los funerales no se quedaron atrás. Exposiciones de poder constituyeron las honras fúnebres de Ezequiel Rojas y de Juan de Dios Riomalo, en el siglo xix, y la del general Benjamín Herrera en el siglo xx.</p> <p>El libro de Arango es, además de todo, un vademécum de menuda información, de detalles, y de lugares útiles e interesantes para quien tenga curiosidad en los asuntos culturales del siglo xix. El autor inserta en el capítulo once un apasionante relato sobre “Religión, esoterismo y masonería en Antioquia”. Establece aquí las redes entre espiritismo, masonería y otras corrientes existentes en el mundo antioqueño del siglo xix y reconoce la influencia de la cultura negra en la supuesta Antioquia de los blancos.</p> <p>Somero tratamiento hace el autor de la persecución por parte de Rafael Núñez a la masonería en el llamado periodo de la Regeneración. Claro: persecución de la masonería del interior porque, según demuestra, con la cartagenera fue tolerante no solo por los vínculos que con ella tenía su esposa Soledad Román, sino por la declaración, que hicieran los masones de la ciudad heroica, de fe católica, apostólica y romana. Baste decir que los gobiernos de Núñez lograron socavar la masonería, purgarla, por decir lo menos. El autoritarismo del jefe regeneracionista fue suficiente para que muchos masones iniciaran su camino por la brecha conservadora, sin retorno, que Núñez había abierto para Colombia. Fue justamente, casi con ironía, con un conservador, Carlos E. Restrepo, que la masonería pudo restablecerse y oxigenarse para transitar por el nuevo siglo.</p>	<p>Se trataba de una nueva reagrupación política que llegaría al poder bajo las banderas del republicanismo. La masonería renace pero con otro rostro. De todas maneras, el conservatismo la había permeado, espiritualmente. Ese proceso que advierte el lector no es analizado ni captado por el autor. En lo sucesivo no se podrá hablar a secas de una masonería por esencia liberal. Ahora el espacio podría ser propicio para afrontar el proceso histórico desde los partidos políticos y no desde las <i>sociabilidades</i>. Entraba el siglo xx y la masonería resurgirá como en el xix durante los gobiernos liberales, la persecución clero-conservadora ya no solo se enseñará contra masones, sino contra todo el espectro que signifique su radicalización. El socialismo y el comunismo ocuparán el espacio propicio para la represión.</p> <p>En definitiva, se trata de la manifestación de algunos aspectos, por lo regular individuales, de la masonería en la historia política e incluso cultural de Colombia. Pero no es una historia de la masonería en sí, aunque se dan pasos en ese sentido. Es posible que de existir más y mejor información proveniente de documentos directos a lo mejor se hubiese sabido más de esta sugestiva organización. El autor es consciente de la precariedad historiográfica mayor aún para el siglo xx. En los capítulos concernientes se destaca el renacimiento y fortalecimiento de esa asociación durante los gobiernos liberales del siglo, lo mismo que la presencia de fuertes divisiones en su interior. Pero no tuvo la masonería durante esa centuria un personaje protagónico como el caso del general Tomás Cipriano de Mosquera en el siglo xix. A diferencia de aquellos tiempos cuando la masonería se expuso en grandes eventos, esta vez el impulso solo llegó hasta los funerales del general Benjamín Herrera. Los funerales de Enrique Olaya Herrera y el de Eduardo Santos fueron funerales de grandes hombres de Estado, de eminentes liberales, si acaso. Arango justifica sus tesis haciéndonos creer que la elección de Olaya en febrero de 1930 fue cosa de los masones y que el regreso de los liberales al poder significaba el suyo propio. Todo esto sería creíble si el autor nos hubiera explicado cómo, dónde y cuándo. Por lo menos quienes nos han explicado las cosas desde la</p>

HISTORIA		RESEÑAS
<p>perspectiva de los partidos son mucho más cuidadosos en la demostración y no se quedan en la simple declaración.</p> <p>Interesante, sin duda, el protagonismo de Alfonso Romero Aguirre. A través de su actividad como liberal-masón Arango cristaliza su tesis general: Masonería y no liberalismo. Un documento como el que anexa: “Presencia de la masonería ante los problemas del pueblo colombiano”, redactado por Romero en 1945, en pleno reflujo de la República Liberal, es la prueba reina del interés de la masonería por resolver los principales problemas nacionales. Sus contenidos son, sin duda alguna, revolucionarios y es muy posible que hayan influido en el arsenal ideológico del gaitanismo en pleno auge y del cual Romero no era ajeno. También, es muy posible que la radicalización ideológica del sector gaitanista y su llegada al poder interno del partido en 1947 haya opacado a la masonería y catapultado al Partido Liberal.</p> <p>Muchas reflexiones se hacen con la lectura de este texto. Si todo el pensamiento democrático, el de extirpe liberal y radical de izquierda, nació con la masonería o gracias a ella, y si esta fue tan fuerte como lo constata el autor, eso querría decir que este fenómeno en la historia de las ideas democráticas en Colombia le habría hecho tremendo daño a nuestra historia intelectual. Porque habría opacado y frenado otras corrientes de pensamiento progresista que en el resto de América Latina se abrían espacio, comenzando por el positivismo y el marxismo. ¿O será que todo iba a dar al costal de la masonería? Si fuera así, ¿cómo salían procesadas las ideas de ese costal? Difícil ejercicio el que resta: ¡depurar las ideas! El significativo masón colocado como epíteto o como adjetivo convierte tan interesante investigación en un</p>	<p>índice de nombres. Queda por saberse en realidad quiénes eran los masones en términos intelectuales, cuáles sus lecturas y sus influencias; y sobre todo, cómo aquilataron su pensamiento ideológico a través de confrontaciones con hermanos, con los otros liberales y con los adversarios del conservatismo, del socialismo y del comunismo.</p> <p style="text-align: center;">César Augusto Ayala Diago Departamento de Historia, Universidad Nacional de Colombia</p>	